

¿QUÉ ES EL MISTERIO PASCUAL?

Al actual movimiento litúrgico se debe la restauración de la Semana Santa, que ha revalorizado y colocado en su centro el Misterio Pascual. Pero ¿qué es concretamente este Misterio? A-M. Roguet lo expone con profundidad en este trabajo y nos descubre su riqueza pastoral.

Qu'est-ce que le Mystère Pascal?, La Maison-Dieu, 67 (1961), 5-22.

La expresión

La expresión Misterio Pascual casi olvidada, cobró plena actualidad después del libro que el P. Bouyer publicó en 1945 bajo este mismo título. Sin duda que la obra de Odo Casel ayudó a la realización de este fenómeno. Pero la expresión no es nueva: la encontramos en la liturgia y precisamente en la liturgia Pascual. Analizando el sentido que en la antigüedad se dio espontáneamente a esta expresión notaremos en seguida su plurivalencia, que podemos sintetizar en tres aspectos distintos, pero no del todo separables:

a) Sacramentum Paschale, Sacramenta Paschalia, designa en ocasiones los Sacramentos celebrados por Pascua y que nos transmiten la gracia pascual: Bautismo y Eucaristía.

(Postcommunio de la Vigilia, día y lunes de Pascua), (en el antiguo Ordo, oración que seguía a la tercera lección del Sábado Santo).

b) En otros textos, estas expresiones tienen un sentido más amplio; son los mismos Sacramentos Pascuales, pero dentro de toda una complejidad litúrgica que responde más exactamente a lo que hoy entendemos por Misterio Pascual.

(Secreta Sábado in Albis), (Oración que sigue a la séptima lección del antiguo Sábado Santo).

c) Finalmente, la Secreta de la Vigilia, día y lunes de Pascua habla de los Paschalia Mysteria referidos exclusivamente a la Pascua de Cristo.

La expresión, por tanto, nos ha sido transmitida por la vida cultural cristiana y nos muestra su riqueza en su plurivalencia. Riqueza y plurivalencia que hacen comprensible que ciertas épocas, amantes de ideas claras y distintas, hayan perdido interés por una expresión de límites tan inciertos.

¿Había sido olvidado el Misterio Pascual?

M. Comblin dice en la introducción de su libro sobre la Resurrección que el relieve que ha tomado en nuestros días el Misterio Pascual es, en gran parte, efecto de óptica, debido a nuestra descristianización. En siglos más cristianos no hubiera sido preciso explicitarlo porque estaba presente y daba sentido a todas las prácticas y devociones. Nuestra época, privada de esta atmósfera cristiana, ha tenido que concentrar la atención

sobre los dones esenciales de la fe y, como consecuencia, ha revalorizado el Misterio Pascual.

Podemos admitirlo. Pero nos equivocáramos al pensar que durante tantos siglos el Misterio Pascual no ha sido nunca afirmado explícitamente. San Francisco de Asís, para citar un ejemplo, no era sólo el devoto de la Encarnación y la Pasión. El sentido de sus estigmas es esencialmente Pascual. Los PP. Motte y Hégo nos muestran científicamente el lugar que ocupa el misterio de Pascua en su oración, en su vida, en la misma institución de su Orden, e incluso en su muerte. Para él la Pasión del Señor era el paso del Señor, entendiendo esta palabra en el sentido de la segunda pregunta que precede al Bautismo: "Credis Iesum Cristum, natum et passum". Aquí passum no indica sólo la muerte sino también la resurrección; es decir indica toda la Pascua.

Misterio Pascual y Dogma de la Redención

La Teología clásica llama dogma de la Redención a lo que nosotros llamamos Misterio Pascual: Es fácil ver cómo coinciden, grosso modo, Redención y Misterio Pascual. Hay un mismo punto de partida: la humanidad en estado de pecado y de muerte, y un mismo término: la humanidad vuelta de nuevo a la vida y a la santidad. Y el paso de uno a otro término se opera por la Pasión y Muerte de Jesucristo. Pero la diferencia entre las dos expresiones no es despreciable. Las palabras no son sólo etiquetas colocadas indistintamente sobre realidades o ideas inmutables. Las palabras imponen a las ideas matices afectivos, les ofrecen muy diversas posibilidades de relación. Si tratamos de comparar las resonancias, las implicaciones de estas expresiones, cuyo contenido es casi idéntico, veremos más claramente lo que da originalidad y superioridad a la de Misterio Pascual.

Misterio Pascual nos lleva, al mismo tiempo, a un acontecimiento, a un rito, a una fiesta; cosas concretas que hablan a la memoria, a la imaginación y mueven a la acción.

Redención evoca una sistematización intelectual, mientras que Pascua es, ante todo, una realidad bíblica que nos enraíza en la historia de la Antigua Alianza.

Redención es un término, negativo, ya que evoca la metáfora del rescate de un esclavo. Acentúa más de quién es uno rescatado, -de la muerte, del pecado- qué el término a donde se dirige. Pascua, cualquiera que sea su verdadera etimología, evoca a la vez el paso del Señor por su pueblo para salvarle, y el paso de este pueblo que va de la esclavitud y la idolatría al Reino de Dios.

La Redención es una imagen de orden jurídico, ya que se refiere a la liberación de un esclavo, a un cambio de estado jurídico. Es también una imagen de orden comercial, pues la palabra misma indica un rescate, el pago de una deuda. Y sabemos que esta interpretación no se debe solamente a los teólogos escolásticos. Precisamente el fragmento más lírico de nuestra liturgia, el Pregón Pascual (Praeconium Paschale) empieza definiendo el Misterio Pascual con los términos más comerciales: "Nuestro Señor Jesucristo... ha pagado por nosotros al Padre Eterno la deuda de Adán, y ha borrado con su sangre el pagaré de la vieja ofensa..."

Por lo mismo, la Redención se presenta como un problema a resolver, un problema de equilibrio de fuerzas y partición de beneficios. Muchos interrogantes sobre este problema son ya clásicos: ¿cómo puede ser satisfecha una deuda infinita? ¿cómo puede satisfacer uno por todos? ¿cómo puede pagar el inocente por el culpable? Y es lamentable que muchos de nuestros contemporáneos vean la Redención en estos términos. Ya que a algunos les escandaliza el sentido de justicia que entraña, y encuentran en la Redención, presentada así, una objeción insuperable contra la bondad de Dios. ¿Si Dios fuese verdaderamente Padre sería un contable tan estricto y dejaría caer su cólera sobre su Hijo preferido?

En la presentación del Misterio Pascual no se encuentran estos escollos. En él nuestra salvación aparece como causada por un acto vital y gratuito, una libre iniciativa de Dios, nacida solamente de su amor misericordioso.

La problemática comercial a que está vinculada la Redención conduce a otros inconvenientes graves: sólo la Pasión de Cristo parece verdaderamente eficaz, ya que sólo ella es meritoria, satisfactoria y sacrificial. La Resurrección no es ni meritoria ni satisfactoria, y es sacrificial sólo porque constituye el resultado del sacrificio. Parece exterior, pues, al acto redentor propiamente tal: se le añade como un feliz desenlace, algo postizo.

En consecuencia, la Pasión y la Resurrección de Cristo están, si no opuestas, por lo menos separadas. Entender la liturgia se hace entonces casi imposible. Creo que el poco interés de los cristianos por la vigilia de Pascua se debe, en gran parte, a que ésta sólo puede entenderse como la celebración sacramental y sintética de una Pasión y una Resurrección que forman un solo misterio. Y para demasiados cristianos el hecho verdaderamente importante de nuestra salvación se realiza el Viernes Santo, consideración como el aniversario del drama histórico y patético del Calvario.

Cuando se pasa de la Redención al Misterio Pascual el acento cambia totalmente de sitio. Quien habla de Redención piensa en primer lugar en la Pasión y luego en la Resurrección como un complemento. En cambio, quien habla de Pascua, piensa primeramente en Cristo resucitado. La Resurrección no aparece entonces como un epílogo, sino como el término y el fin en que se resume el Misterio de Salud. Por esto los Apóstoles predicaban ante todo y casi únicamente a Cristo resucitado. Lo cual no era prescindir de la Pasión y la Muerte, pues Él es el "resucitado de entre los muertos"; los estigmas presentados la tarde de la Resurrección, la herida del Cordero en el Apocalipsis, recuerdan para siempre, el combate en donde El ha conseguido su victoria.

Por último, cuando hablamos de Redención nos situamos en el cuadro de la teología dogmática, que busca interpretar objetivamente la economía de la salud, sin preocuparse demasiado de la manera cómo nosotros podemos participar de ella. Sabemos, ciertamente, que los sacramentos nos comunican los frutos de la Redención, pero los estudiamos en otro capítulo de la teología, incluso con otro profesor. El Misterio Pascual, por el contrario, arraiga en esta Pascua hebrea que presenta juntamente el acontecimiento salvador, único, y su conmemoración ritual que se renueva todos los años. La palabra Misterio lo indica ya por sí sola, puesto que designa al mismo tiempo un plan de Dios que nos ha sido revelado, y los medios concretos por los que se nos dispensa la obra de Salvación. El Misterio Pascual engloba todo lo que las disciplinas de escuela han separado con los nombres de Biblia, Dogma, Sacramentos y Vida Mística.

Espero no haber subrayado demasiado -lo pedía el caso- el contraste entre dogma de la Redención y Misterio Pascual. Otro autor lo ha marcado más fuertemente.

Amplitud del Misterio Pascual

El teólogo M. Luis Richard, veinticinco años después de haber escrito una obra sobre el dogma de la Redención, descubre que este dogma es un misterio mucho más amplio, y que la palabra Redención abarca sólo un aspecto limitado de él, olvidándose de la Resurrección. M. Richard tendría que haber cambiado no sólo la palabra dogma por la de misterio -como lo hizo- sino también la de Redención por la de Pascua. El Misterio Pascual es el Misterio de la Redención visto bajo todos sus aspectos, con todos sus enraizamientos y consecuencias, con todas sus resonancias bíblicas, litúrgicas, morales y místicas.

Entonces, ¿Misterio Pascual se identifica con Misterio Cristiano, y no debemos predicar más que el Misterio Pascual? -Así lo creo. ¿Han predicado los Apóstoles otra cosa que la Resurrección? (Los textos en que san Pablo parece afirmar que él no ha querido "saber nada sino a Jesucristo, y Este crucificado" se refieren al modo escandaloso de esta predicación, pero no a su objeto [I Cor 1,23-25; 2,2-5]). ¿La afirmación de que Jesús ha resucitado no contiene ya toda la fe cristiana? San Pablo lo dice del modo más claro en la carta a los Romanos (10,9): "si confesares con tu boca a Jesús por Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo". (Notemos de paso que "Jesús es Kyrios", aparece como la exacta expresión verbal de esta realidad: "Dios le resucitó de entre los muertos"). En fin, la fiesta de Pascua es siempre la fiesta de las fiestas, o sea, la que celebra la totalidad del misterio cristiano, que sólo poco a poco se fue desglosando en diversidad de fiestas particulares: Navidad, Epifanía, Ascensión, Pentecostés...

Que el Misterio Pascual abarque todo el cristianismo no quiere decir que predicando cualquier cosa se predique el Misterio Pascual. Pascua es todo el Misterio cristiano pero centrado en un punto, o como diría M. Richard, en un foco cuya luz es más viva, su realismo más denso y donde todo se ordena.

Captar bien este centro es indispensable. Quien, sin haberlo intuido, por lo menos implícitamente, predique sobre el misterio de la luz y el misterio del agua, tiene el peligro de deformar o mutilar el Misterio Pascual tanto o más que el que lo reduce a una apologética jurídica del rescate, o a censuras moralizadoras centradas en el sexto mandamiento.

La estructura del Misterio Pascual

El esquema del Misterio Pascual comprende tres partes que conviene distinguir pero no separar, si queremos evitar desintegrarlo, ya que sólo subsiste por su trabazón.

1. Una situación de muerte.
2. La vida brota de la muerte.
3. Está es la obra de Dios.

Estas tres partes se realizan en los tres estadios del Misterio (Pascua Judía, Pascua de Cristo, Pascua de los Cristianos), aunque de modos diversos.

1. Una situación de muerte

El pueblo de Dios está vinculado a la muerte, y ningún factor humano puede librarle. Igualmente podemos decir que todos los hijos de Adán, nacidos hijos de cólera, están sujetos a la condenación y a la muerte.

Pero Cristo, aunque es verdad que externa y jurídicamente es condenado a muerte, en realidad ofrece voluntariamente su propia muerte y hace de ella un sacrificio: "Mi vida nadie me la quita, sino que Yo mismo la doy. Tengo poder para darla y para volverla a tomar" (Jn 10, 18). Texto capital, no sólo porque afirma la libre voluntad de Cristo ante la muerte sino también porque establece una conexión formal entre la muerte de Cristo y su Resurrección. Es la Resurrección lo que prueba la libertad de Cristo en su muerte. No es sólo el resultado del sacrificio. Es además la prueba de que esta muerte, aparentemente impuesta, es un sacrificio voluntario.

2. La vida brota de la muerte

En el caso de Cristo es perfectamente verdad que la vida nace de la muerte, y no por un proceso natural (como podría hacerlo creer, interpretándola estrictamente, la parábola del grano caído en tierra). No sucede esta vida a la muerte como la primavera al invierno, sino que nace de la muerte: la muerte engendra la vida. Y no es un simple juego de alternancias o compensaciones. Si fuese así, predicar el Misterio Pascual sería tan superficial como decir: "después de la tempestad viene la calma".

Esta vida que sale de la muerte no es sólo la anulación de la muerte, no es el retorno al estado anterior. La Resurrección, término y fin del Misterio Pascual, no es una reanimación. Cristo no ha resucitado para morir de nuevo como Lázaro. Una vez resucitado, la muerte no tiene ya más dominio sobre El, que vive para siempre una vida nueva, divina; está sentado en la gloria a la diestra de Dios.

No sucede lo mismo en la Pascua de los Hebreos. Aquí sí, la vida sucede a la muerte, o mejor a la amenaza ineluctable de muerte. Pero no podemos decir que la vida salga de la muerte. Es una creación más que una Resurrección. Gracias a la Alianza, lo que no era pueblo se convierte en un pueblo. La Pascua del pueblo hebreo no incluye sólo el paso del mar Rojo, sino también la marcha por el desierto, la Alianza del Sinaí y la entrada en la tierra prometida.

La Pascua de los cristianos reproduce en cierto modo la de los hebreos; hay también un paso de un no-pueblo a un pueblo, el Pueblo de la Alianza. Pero aquí, con Cristo, y gracias a El, la vida sale de la muerte, la muerte al pecado engendra la vida de la gracia, la destrucción del hombre viejo da vida al hombre nuevo. Es algo más que la restauración del antiguo estado. "Lo que maravillosamente creaste, más maravillosamente lo restableciste" (Quod mirabiliter condidisti, mirabilis reformasti).

Sobre esta visión de Cristo hay mucha materia que la teología clásica no ha elaborado suficientemente. Está por hacer la teología de Cristo resucitado. Pues nosotros nos imaginaríamos sin dificultad que Cristo, después de su dolorosa permanencia en la tierra -como una noche en una mala posada-, una vez cumplida su misión ha recuperado el cielo, y el Padre le ha confirmado en todos sus privilegios anteriores. Pero nos cuesta admitir que Cristo haya ganado algo con la Resurrección, y nos resulta un poco dura la palabra de san Pedro cuando dice que Dios, al resucitarle, "lo ha hecho Mesías y Señor, Cristo y Kyrios" (Act. 2,36). Igualmente dice san Pablo que "Dios lo ha hecho espíritu vivificador" (1 Cor 15, 45), y ,esto confirma la indicación de san Juan: "Todavía no había espíritu porque Jesús no había sido aún glorificado." (7,39). Cuando Jesús pide a su Padre en la oración sacerdotal: "Ahora Padre, glorifícame con la gloria que junto a Ti tenía antes que el mundo fuese" (Jn 17,5), no pide sólo un retorno, una restitución. Esta gloria de la que había gozado eternamente su Persona Divina, será una novedad para su naturaleza humana y, como consecuencia, para la nuestra. La gloria, no del Verbo, sino del Verbo encarnado, es una adquisición, un botín de Pascua: adquisición y botín que nos serán comunicados a medida que por el Bautismo y por una vida digna del Bautismo, seamos asociados a la Pascua de Cristo.

De aquí se sigue una última conclusión: la Pascua de Cristo continúa, se perfecciona cada día. Sólo será completa cuando lo sea el número de los elegidos, cuando el Cuerpo de Cristo haya alcanzado su estatura perfecta. Es importante hacer comprender esto a los fieles: que la noche de Pascua, con sus bautismos y sus renovaciones, no es una conmemoración estéril. Hace progresar, -si puede esto decirse- la Pascua del Cristo total.

3. La obra de Dios

El carácter místico de este paso de la muerte a la vida implica un tercer elemento esencial: Esta es la obra de Dios. Es un misterio que rebasa todas las previsiones humanas, en el que se vuelca toda la misericordia gratuita e incomprensible del Creador. En el Pentateuco esto se repite con insistencia: Dios es quien ha hecho todo esto "con mano fuerte y brazo extendido". Moisés lo dice a los Hebreos que temen enrolarse: "Yahvé luchará por vosotros; vosotros no tendréis que hacer nada": (Ex 14,14). El relato del paso del Mar Rojo nos muestra que realmente Dios lo hace todo: bajo la forma de ángel de Dios y de columna de humo, guía, ordena y protege el paso de los fugitivos; sopla sobre las aguas, atasca las ruedas de los carros egipcios; derriba a los perseguidores. Y el capítulo 14 del Exodo concluye así: "Israel fue testigo de la promesa cumplida por Yahvé contra los egipcios". Y a continuación sigue el cántico de Moisés que da gracias a Yahvé atribuyéndole directamente toda la victoria. Expresan lo mismo -breve pero marcadamente- los Salmos de liberación que, se convertirán en Salmos de pasión, de Pascua: "Tal es su obra". (Sal 21, conclus.) "Esta es la obra de Yahvé, maravilla a nuestros ojos" (Sal 117,23; 108,27).

Fundamento de la Tipología Pascual

Nunca insistiremos bastante en este tercer aspecto. Porque hace del Misterio Pascual un misterio, lleno de sorpresa, que debe suscitar siempre nuestra admiración, nuestra contemplación y acción de gracias. Explica al mismo tiempo la topología del Misterio

Pascual y su continuación por los sacramentos. El plan de Dios, la economía de salvación, la institución sacramental, "tal es su obra", única y multiforme.

El Misterio Pascual no es ni una verdad eterna ni el perpetuo retorno de un ciclo naturalista, aunque los Hebreos hayan tomado (y transformado) algunos ritos naturalistas para conmemorarlo. Ante todo es una realidad histórica. Una intervención libre y personal de Dios en la historia. Por esto ninguna teoría, ninguna teología podrá abarcarlo exhaustivamente. Sigue siendo un misterio, libremente realizado y revelado por Dios, y se expresa mejor por una historia -símbolos y ritos- que por raciocinios.

He hablado de tipología. No consiste en coger al azar algunos detalles pintorescos relacionados con más o menos ingenio. Se palpan los excesos de este método -o de esta ausencia de método- en algunos Padres que ven la cruz en cualquier trocito de madera, Cristo en la más pequeña piedra y el Bautismo en todos los pozos y charcos de agua que salen en la Biblia. La tipología no es un careo entre objetos sino un paralelismo de estructuras dinámicas. El Misterio Pascual se anticipa y prefigura, se encuentra como tipo, sólo donde se dan estos tres elementos: la muerte -que engendra la vida- por una especial intervención de Dios.

El mar Rojo es tipológico porque es al mismo tiempo muerte para los egipcios y vida para los hebreos, y porque se abre por mandato de Dios. El cordero Pascual es sobre todo tipo, no por ser degollado y comido, sino porque ha salvado a los Hebreos del exterminador por una decisión de Dios. Y el maná lo es porque les ha librado del hambre en el desierto por intervención también de Dios, etc. Podría caricaturizarse la tipología si se buscara en los más pequeños detalles. Pero esto, más que tipos, serían ilustraciones alegóricas. La tipología Pascual se fundamenta única, pero sólidamente, sobre esta base: el paralelismo de cualquier acontecimiento bíblico que tenga esta estructura esencial: la muerte -engendrando la vida- por especial intervención de Dios.

Esto nos permite resolver una dificultad con que topa todo catequista y todo predicador novel: en el Exodo aparece clara la tipología de los Sacramentos e incluso nuestra Pascua. El mar Rojo evoca realmente el Bautismo (por lo menos el Bautismo por inmersión); el Cordero Pascual y el maná simbolizan la Eucaristía. Pero ¿en qué prefigura la Pascua hebrea a la cristiana, donde no se ve ni pueblo avasallado, ni paso del mar, ni marcha por el desierto? Superaremos la dificultad si intentamos ver el sentido tipológico en el paralelismo de situaciones y acciones y no en el de detalles particulares.

Cómo predicar el Misterio Pascual

No se trata de presentar a los fieles este esqueleto desnudo del Misterio Pascual. La primera cualidad que ha de tener una catequesis Pascual es ser concreta. No substituyamos una escolástica especulativa por una neo-escolástica bíblica y litúrgica. Pero este esquema del Misterio Pascual debe estructurar nuestra catequesis. Con excesiva frecuencia, en nuestros días, por miedo a una sistematización intelectual nos perdemos en un caos de imágenes y figuras, y se toma fácilmente la ausencia de rigor doctrinal por una mentalidad mística, digna de los Padres de la Iglesia.

Pero si el esquema que presentamos es estricto, será lo suficientemente simple para poder tomar muchos elementos diversos y poder realizarse en diversos planos de la historia y de la doctrina. Hay que pedir, pues, a pastores y predicadores, que no dejen pasar una sola cuaresma sin predicar el Misterio Pascual. Creo que si la nueva Semana Santa, sobre todo la noche Pascual, ha tenido un éxito menor del que se hubiera podido esperar, es porque no se ha predicado todavía bastante el Misterio Pascual. Muchos sacerdotes creen haber hecho ya todo lo posible porque han explicado, una vez por todas, las ceremonias en sus rasgos principales. Han creído que predicar el Misterio Pascual era esto, y que no podía intentarse explicarlo de nuevo sin repetirse y resultar aburridos.

En realidad se puede -y creo que se debe- predicar el Misterio Pascual cada año. Pero modificando también cada año la predicación. Se puede recorrer todo el campo de la doctrina cristiana, porque el Misterio Pascual trasciende las distinciones tardías y de escuela entre dogma y moral, sacramentalidad y espiritualidad, exégesis y apologética. En resumen, predicar el Misterio Pascual es predicar todo el cristianismo pero de una manera peculiar.

En primer lugar, tratemos de la materia que tratemos, la estructura del Misterio Pascual tal como hemos intentado esbozarla, nos indica que debemos respetar un cierto orden de valores. Después se trata de mostrar, sin una insistencia machacona pero claramente, la relación de esta materia particular con la esencia del Misterio Pascual. En resumen, aunque no es necesario narrar cada año con detalle la epopeya del Exodo, ni hacer una mistagogía exhaustiva del cirio pascual o del agua bautismal, conviene sin embargo iluminar el tema del año con rápidas alusiones a la Biblia y a la Liturgia. Así cada año se preparará a los fieles a vivir mejor la Semana Santa, no como un reflejo -cada vez más débil- de la del año anterior, sino como una celebración siempre nueva, siempre actual, en la que descubrimos cada vez un poco más el Misterio inagotable.

El Misterio Pascual, principio unificador de la catequesis

Centrar la predicación en el Misterio Pascual tiene dos grandes ventajas para la educación de la fe de los fieles y también de la nuestra.

En primer lugar, si queremos ser sinceros, hemos de confesar que el repertorio intelectual y doctrinal de nuestra fe es singularmente revuelto y extraño. Para la mayoría de los fieles la formación cristiana es una mezcla de obligaciones culturales, prácticas rutinarias, devociones diversas, prohibiciones sexuales, y -en último lugar- algunas imágenes bíblicas tomadas poco en serio y algunos dogmas desvitalizados, mal comprendidos y mal relacionados entre sí. La meditación y la predicación constantes del Misterio Pascual unifican y ordenan todo este batiburrillo. Ya que el Misterio Pascual está simultáneamente en el centro de nuestra fe y en la encrucijada de dogma y piedad, misterio y práctica. Así podremos apreciar la importancia y valor de una devoción según su mayor o menor proximidad con el Misterio Pascual. Así reconoceremos que el Vía Crucis o el Rosario son devociones de primer orden, pero que el domingo, la misa, el bautismo, el viático, la Vigilia Pascual, no son devociones; son los fundamentos mismos de la vida cristiana, porque no son más que la celebración de la Pascua.

Todavía en otro sentido sirve una predicación así para unificar: ante el actual movimiento bíblico y litúrgico, los fieles de mediana edad experimentan un malestar profundo aunque inconsciente: no se les expone una religión, sino dos, y bien distintas, por cierto. De una parte la religión del catecismo y -con excesiva frecuencia- de la predicación, seca, categórica, moralista, negativa; pero que parece la más segura. Por otro lado, la religión del Misal y la Biblia: optimista, abierta al sentido de la historia, concreta e incluso poética, pero que parece menos seria.

Al predicar el Misterio Pascual realizamos la unidad, pues se predica el dogma central del cristianismo. Y lo predicamos sin mutilarlo ya que el Misterio Pascual implica necesariamente el problema del mal, el dogma del pecado original, y no ve la nueva vida sino como fruto de una lucha; predicamos la cruz, gloriosa pero cruz, predicamos los fundamentos sólidos de una moral que al mismo tiempo exige y entusiasma.

Nosotros presentamos la actualidad siempre presente de las antiguas historias bíblicas, que son algo más que cuentos pintorescos. Colocamos en el centro de la religión la figura gloriosa del Kyrios Jesús. Pero en lugar de una religión retrospectiva y arqueológica, predicamos, en la más sólida continuidad con la tradición del Nuevo Testamento y de los Padres,, una religión orientada hacia el futuro, "hacia el cielo, de donde esperamos ardientemente, como salvador al Kyrios Jesucristo." (Flp 3, 20). Jesucristo ayer, hoy y por los siglos; Jesucristo detrás, en y ante nosotros, éste es el contenido del Misterio Pascual.

Tradujo y condensó: GABRIEL BAYÉS